

TEMPORAL  
Juan Mejía

23 de octubre al 22 de noviembre de 2021



[SN] macarena

**SN Macarena** es una sala de proyectos que promueve artistas regionales, nacionales e internacionales que se destacan por el rigor en el oficio y la excelencia en el manejo de la técnica. Trabajamos en alianza con universidades, instituciones culturales y galerías e invitamos a los artistas a investigar, experimentar, desafiar e incluso a transgredir los límites convencionales del oficio. En **SN Macarena** buscamos crear espacios no solo de exhibición sino también de producción e intercambio de conocimiento entorno a la producción artística, el arte y la cultura.



**SN Macarena**  
Calle 26B no. 3-47 La Macarena – Bogotá D.C. | Tels. 3366878 / 3118368599  
snmacarenaabogota@gmail.com | snmacarena.com  
Año # 4 Octubre - Noviembre 2021 - Calle 26B # 3-47 Tel. 3366878 - 3118368599 - snmacarenaabogota@gmail.com - snmacarena.com

# Construcciones aún por titular

Pensando en escribir este textico sobre los cambuches de Juan me acordé de un profesor de la Universidad Nacional, en los 90, cuando yo estudiaba allá. De puro desparche, tomé en ese entonces, quizás en 1994, un par de sus clases. El señor se llamaba (veo que murió hace años) Jaime Rubio. Era también profesor de la Javeriana, tal vez formado como arquitecto pero más interesado en la filosofía y en el lenguaje. La clase más concurrida de Rubio era una electiva abierta para toda la facultad de Artes: La Metáfora. A mí me gustaban las metáforas, me hacían sentir poético: “quiero hacer contigo lo que la primavera hace con los cerezos” y esas otras cosas que uno se aprendía en poemarios de dudosa procedencia pensando que alguna vez nos ayudarían a escribir o, al menos, a levantar.

Nunca levanté en mi época universitaria. La explosión de mis levantes solo llegó en Cali, décadas después, y nunca necesité recitar Neruda para levantar. De repente, es por la melancolía de esos levantes ya caídos que sigo en Cali, donde ya no levanto nada, ni siquiera amigos para salir a parchar.

Vivo en un edificio con portería 24 horas, en un piso 22 con una vista magnífica al cerro de las 3 cruces. Puedo ver las cruces día y noche, y las miro a cada rato, como si confirmara que no se han caído o no las han tumbado. Si las tumbaran hoy, cuando es tan emocionante ver caer estatuas, sería probable que Buziraco escapara de aquí, buscando algo distinto para dañar y liberando a Cali de una especie de relación incestuosa con el Diablo pero, también, con la belleza. Vivir en un piso 22 acentúa la distancia entre el cuerpo y el suelo, así que, en este encierrito, pienso más en el diablo y en las nubes que en la gente y en los caminos. Por eso, pensar en carpas, tiendas y cambuches, en caminos, camping y desplazamientos me ayuda a aterrizar y me saca del letargo diabólico de este lugar.

Jaime Rubio escribía sobre metáforas, sobre monumentos y sobre memoria. No es un escritor muy recordado, pero yo lo recuerdo con cariño y agradezco sus clases, en las que aprendí muchas cosas sobre el tránsito, el trasteo y el trastoque. En su primera clase, Rubio contaba que había estado en Grecia y que había quedado sorprendido al ver que muchos camioncitos llevaban la palabra μεταφορά (metáfora) escrita. A Rubio le parecía muy poético este gesto hasta que le explicaron que, en griego, “metáfora” significa “trasteo”. Los camioncitos iban por Atenas haciendo mudanzas, ayudando a la gente a cambiarse de una casa a otra. Una metáfora es el trasteo del sentido, nunca asentado definitivamente, siempre desplazado y en proceso de germinación.

En un texto que fotocopié y leí varias veces en esa época, “Espacios pre-posicionales”, Jaime Rubio empezaba contando que la enseñanza del latín, en la cúspide del Imperio Romano, comenzaba por la comprensión de los espacios preposicionales: Ubi (¿dónde estamos?), Quo (¿a dónde vamos?), Unde (¿de dónde venimos?) y Qua (¿por dónde pasamos?). Para Rubio, el lenguaje era un espacio móvil, una serie de trasteos y reubicaciones, un lugar de interpretación siempre abierta y, en ese sentido, una encrucijada constante y, a la vez, la posibilidad de una casa, definida por la reunión de unos cuerpos, recogidos en la noche alrededor de una hoguera. La tensión entre recorridos y asentamientos señala también la naturaleza colonial del signo: vamos de un lado a otro buscando apropiarnos del espacio y del sentido, usurpando lo que nos es ajeno.

Tras muchos años de conservar la fotocopia del texto de Rubio, terminé perdiéndola en algún trasteo repentino (quizás en la terminada con alguna de las dos mujeres con las que conviví en tandas de siete años por aquel lejano entonces) y ahora solo me queda el recuerdo vago de algunas ideas que estoy repitiendo aquí. Perdón, Jaime, por tergiversar algo que era sólido y convincente para convertirlo en el balbuceo de un tipo a quien las bases epistemológicas del mundo le salieron más bien tembleques.

Pero es esa conciencia de lo tembleque, de lo hechizo, de lo transitorio, de lo visajoso, de lo frágil y de lo inseguro la que me da confianza. Son esas preguntas permanentemente no respondidas sobre el dónde putas estamos, sobre el origen indefinidamente perdido por la falta de un comienzo verosímil y sobre la improbabilidad de lo por venir las que me acompañan y me consuelan. Ustedes dirán que cómo, que cómo ir a la topa tolongra por la vida podría ser sosiego y solaz o, al menos, opción para entender un mundo instituido por milenios de fuerzas civilizatorias en perpetuo choque. Y bueno, no hay que decir mucho porque lo estamos viendo: todas las investigaciones, algunas adelantadas desde hace más de medio siglo, nos muestran que esto se fue a la verga: el planeta se calienta, el nivel del agua sube inundando tierras largamente ocupadas por asentamientos humanos, el suelo se vuelve árido, el agua se hace lodo o se evapora o se envenena o está ya llena de plásticos que estarán sumergidos in aeternum haciendo que miles de especies desaparezcan y que otras, invasoras, lleguen a romper el equilibrio de los ecosistemas, etcétera. Ni siquiera faltan ya más estudios porque lo vemos de frente cada vez que, sencillamente, miramos en cualquier dirección. Pero no es la naturaleza —esa cosa que llamamos “naturaleza” para resistirnos a entender que la producimos nosotros a fuerza de trasteos y ficciones y linajes— la que colapsa, pues lo que se está viniendo a pique, en pique, es eso otro que llamamos “civilización”. El mundo, hoy, es el derrumbe de las costumbres, de los Estados, de las instituciones, de las organizaciones, de los clanes, de las familias, de los poderes, de las certezas, de las ciudades, de las economías, es decir, del lenguaje humano que ha modelado el mundo.

A veces me acuerdo de Los Angeles, donde viví un par de años duros hace casi una década. Cuando vivía allá, caminaba con frecuencia por Skid Row, una zona de la ciudad en la que se concentran miles de personas sin casa, homeless, indigentes o desechables, como muchos los hemos llamado hasta que nos convencieron de que era políticamente incorrecto decir esas palabras pero no tan incorrecto seguir permitiendo que esas personas vivan en la calle, en carpas o cubiertas con lo que sea que encuentren tirado por ahí. Skid Row es una zona de transición entre el este de la ciudad —históricamente lleno de mexicanos, pero ahora en abierto proceso de gentrificación— y el Downtown, un sitio que concentra los edificios más altos y los lugares más cool



diseñados para hipsters y herederos con sensibilidad “urbana” en una ciudad condenada, por la historia, por la ciencia y por Hollywood, a desaparecer más temprano que tarde por cuenta de un terremoto. En Skid Row, la gente vive en carpas, puestas en los andenes y en baldíos. Otros duermen en las sillas traseras de sus carros y pasan el día chupando calle. En los últimos años, Skid Row se ha vuelto más conflictivo aún y los dueños de negocios, cuando no la ciudad misma, han diseñado estrategias para hostigar a los desposeídos: regaderas de agua intermitentes para que la gente no se eche frente a las fachadas, cercas, alambradas, topes y puas se han ido implementando, junto a sanciones por uso indebido del espacio público e intentos de desplazar a las comunidades que viven allí informalmente. Todo eso lo vemos en Colombia a diario, menos las carpas.

Hablo de Los Angeles y de Skid Row porque, caminando por ahí, pensé muchas veces en que, si el gran terremoto llegaba a destruir la ciudad, lo único que se salvaría era esa gente y sus cambuchitos.

Toda la vida nos han mostrado un futuro bien diseñado: edificios inteligentes, vehículos voladores, autopistas, sistemas de monitoreo y vigilancia, redes de transporte y servicios. Todo muy concreto, todo muy acero, todo muy vidrio templado de visos verdosos y espejados. Todo eso se va a caer. Y muchos vamos a morir, no porque las cosas se caigan (las tienditas de Skid Row también caerán) sino porque todo el progreso y la infraestructura de materiales pesados nos va a aplastar en su caída. En Cali, donde también tiembla (estamos sobre la misma falla geológica de Los Angeles), es claro que un terremoto no me va a dar tiempo de salir de mi casa, ni de bajar 22 pisos por una escalera estrecha y, menos, de poder correr a un sitio en el que un bloque de hormigón no me caiga encima. Si el terremoto llega, este espacio —diseñado para el cuidado de mi privacidad y para la seguridad de mis posesiones— con gran agilidad me aplastará tras sacudirse unas cuantas veces.

La gente en las carpitas de Skid Row se va a cagar del susto, obvio bobis, pero después del revolcón se pararán, se sacudirán el polvo, enrollarán su carpa y agarrarán camino. Muchos, en su huida, se preguntarán por el dónde, el de dónde, el por dónde y el hacia dónde. Habrá respuestas distintas y acciones que concuerdan o no con las respuestas a esas preguntas. Se descubrirá nuevos lotes, potreros y espacios abiertos dónde montar tienditas para refugiarse juntos, surgirán comunidades frescas, se organizarán y sabrán pronto qué hacer porque han vivido en la calle, en un mundo sin paredes sólidas, sin el peso de incontables pertenencias y sin estatus. Puede que se hagan seminómadas, o que sencillamente cojan camino y nunca paren de andar. Algunos pretenderán usurpar las ruinas de ese viejo progreso venido a menos, pero a esos los va a aplastar el siguiente temblor, aunque sea débil, pero no tan débil como las pesadas estructuras colapsadas.

¿Podemos pensar en un mundo que se reconstruya como un gran campo de refugiados que viven en construcciones livianas e informales? ¿Podemos pensar que, con el tiempo, el diseño institucional del mundo se haga menos pesado, menos aparatoso y menos claustrofóbico? ¿Podemos pensar en museos-tugurio, en ministerios-camping, en cooperativas-carpa? ¿Cómo será vivir dándonos cuenta de la brisa, de la lluvia y del sol?

Juan me contó que estas piezas fueron producidas durante la cuarentena, encerrado, con los materiales que tenía a mano, casi que desperdicios de lo que era la vida antes del “quédate en tu puta casa” y, en ese sentido, estas carpitas dan testimonio del miedo (y quizás de la ilusión) del colapso definitivo. Dibujar cambuches encerrado en la casa es, a la vez, pánico y anhelo, representación y profecía, coquetería y amenaza, metáfora abierta y consejo ramplón. Es pensarse refugiado y turista, jipi y deportista, indigente y caminante.

Al final de Melancolía, la bella película de ese cretinazo que es Lars von Trier, vemos a dos mujeres y un niño resguardarse bajo un tipi hecho de palitos mientras un planeta enorme, Melancolía, choca con la Tierra para destruirla.

Moriremos, sin duda. Pero esa muerte se me antoja bella a cielo abierto. Quizás descubriremos que toda metáfora es trance y transa que nos vincula con la belleza del morir. A lo mejor, eso es también lo que la primavera hace con los cerezos, pero ya es tarde para que Jaime Rubio nos lo aclare.

Victor Albarracín Llanos  
Cali, octubre de 2021